

Woody Allen hace confiar al no informado espectador en unas posibilidades cómicas a las que la película no responde. Hay humor, sí, pero utilizado hábilmente, como un dato más que ayude a entender la tragedia de aquellos hombres de cine, interrumpidos en su trabajo por el fanatismo y la estupidez de un senador y sus secuaces. ■ **DIEGO GALAN.**

"El último guateque"

Que una primera película contenga elementos autobiográficos, parece ya clásico. Pero que esos elementos estén al ser-



"El último guateque", de Juan José Porto.

vicio de una historia o una dramaturgia que machaque u olvide la posible importancia de esas vivencias o esas reflexiones autobiográficas, es menos frecuente. No obstante, esto creo que le ocurre a "El último guateque", primera película dirigida por Juan José Porto. Entramezclando recuerdos superficiales de su juventud —Porto debe andar ahora por los treinta y tantos—, esta película quiere recuperar igualmente facetas exitosas de películas ajenas, cuya relación podría establecerse entre "Verano del 42", "American Graffiti" y "Lucecita", el famoso serial radiofónico, también llevado al cine. Incluso, siendo un poco severos, podría decirse que lo que finalmente pesa en "El último guateque", lo que de verdad acaba teniendo alguna importancia es esa relación de sentimentalismos falsos y baratos que concentran la historia en un folletín de los años cincuenta.

¿Por qué Porto no se ha exigido un mínimo rigor? ¿Por qué se ha empeñado en "politizar" su película con frases metidas con calzador y no se ha plantea-

do más seriamente la situación política de sus personajes? ¿Cómo puede querer hacernos creer que una torpe historia de amor —por muchas referencias reales que tenga con alguna situación auténtica— puede sintetizar las frustraciones, las represiones, las dificultades y la amargura de la generación a la que pertenece? ¿Cómo puede pensar que a estas alturas el folletín —que no el melodrama— puede servir realmente para contar con seriedad algo?

Otra cosa distinta es entender "El último guateque" como tal folletín y prescindir de sus posibles intenciones críticas. En ese caso, "El último guateque" está falto de imaginación, de desmadre, en definitiva. Porto podía

haber hecho una espléndida película de humor, para unos; de tristeza, para otros. Pero se ha quedado en un punto intermedio. Y es lamentable. Porque los planteamientos previos de su película ofrecían mayores esperanzas. Que probablemente concrete en su siguiente título. ■ **D. G.**

MUSICA

Un pianista para escuchar

Según un criterio taxonómico tan válido —o tan inválido— como cualquier otro, la fauna de los críticos musicales puede dividirse en dos grandes especies: la de los críticos que oyen más conciertos de los que reseñan y la de los que reseñan más conciertos de los que oyen. No entraré en cuál de las dos es mejor o peor, porque si empezamos a hacer públicas disquisiciones

de ese tipo acabarán poniéndonos un Ministerio de Ética. Diré, pues, únicamente que circunstancias de pluriempleo, amateurismo no sé ya si vocacional o resignado, falta de espacio y —¿por qué no decirlo?— propia holgazanería, me han mantenido en el primer grupo, lo que a varias personas y entidades les ha valido para descalificarme como comentarista musical. El asunto la verdad es que me daba igual, pero ahora hay una cosa que me empieza a dar escrúpulos, y es que —me temo— estoy pasando a formar parte de un tercer grupo, el de los críticos que ni oyen ni reseñan conciertos.

Y podría salir del apuro diciéndoles a ustedes que lo que ocurre es que no hay conciertos que merezcan la pena de ser oídos y reseñados, pero les diría una mentira, porque sí que los hay. Por lo menos, que merezcan la pena de ser oídos. Y esto me mueve a escribir sobre dos conciertos que ha dado en Madrid André Watts, pianista americano nacido en Nuremberg de madre húngara —¡menuda pieza para los deterministas geográficos!—. Dos conciertos —un recital con Schubert, Chopin y Ravel, más Liszt de propina, y una actuación, en el ciclo de la Nacional, con el cuarto concierto de Beethoven— que de no ser por los escrúpulos que mencioné antes no comentaría.

Porque he de reconocer que, si les diera mi opinión de simple espectador, les diría que me divertí mucho con André Watts, y santas y buenas con eso, que no es poco. Pero si me pongo a ejercer de crítico, la verdad es que no me va a quedar más remedio que dar la otra cara de la moneda y decir, muy a mi pesar, que André Watts me disgustó.

Para solucionar la aparente contradicción sólo se me ocurre poner un ejemplo. Es como cuando uno se cruza por la calle con una señora estupendísima: lo que se debe hacer en ese caso es respirar hondo y, con el ánimo renovado, seguir adelante. Porque si uno es más audaz, se pasa y la convence para que vaya con él a una **bolte**, un suponer, probablemente descubra que la tal señora es medio boba, tiene un novio pandero de la tuna o insiste en hacerle bailar a uno la rumbita flamenca. Y si el cazador no se retira ante semejantes peligros y todavía perservera, acabará por concluir que la señora no está tan estupendísima al fin y al cabo... o incluso, tal como están los tiempos, que ni siquiera es una señora.

Bueno, pues algo así es lo



André Watts.

que ocurre con André Watts. De primeras, uno se queda atónito ante sus habilidades, y piensa que está ante un auténtico fenómeno, un monstruo de la técnica. Luego, si trata de racionalizar esa impresión, es decir, si se pone en plan de crítico, empieza a ver que la cosa tiene su trampa; que André Watts, sí, conecta fácilmente con el público —pero uno, desgraciadamente, ya no es el público—, que André Watts es espectacular y comunicativo... pero que también se le pueden poner pegas. Sacrifica muchas cosas a la brillantez; hace unos rubatos muy cursis; corre que se las pela sin tener por qué; sus muy cantadas virtudes son, en buena parte, **tics** para ganarse al auditorio; pisa el pedal como si fuera el freno de un autobús; aporrea no pocas veces el piano; emborriona las frases, etcétera, etcétera. Más aún: si se persiste en seguir analizando, se acaba por concluir que ni siquiera tiene esa técnica tan fabulosa; no es que le niegue dotes, libreme Dios: simplemente digo que no las tiene todas, y lo que sí que tiene es aún muchos problemas por resolver.

Pero... ¿Qué quieren que les diga? La verdad es que, a fuerza de sincero, me vuelvo a la impresión del espectador. Con los conciertos de André Watts se divierte uno casi tanto como se aburre con la mayoría de los restantes. El señor Watts está para escucharle, no para buscarle las vueltas, de la misma manera que las señoras estupidas están para cruzarse con ellas sin intentar mayores acercamientos. Que todo, en profundidad, resulta una decepción.

Sólo me falla la comparación en un punto, y es que el cruce con la señora dura escasos segundos, y un concierto, aunque lo dé un pianista tan amigo de la velocidad como Watts, dura dos horas. Quizá por eso resulte Watts mejor con orquesta que solo, porque con orquesta nada más interviene lo que dura su parte, y así resulta más fácil que se mantenga la ilusión. Por

más que esto de las duraciones no es tanta objeción como parece, porque entra ya de lleno en el terreno de lo convencional, y de ahí sí que no hay quien se escape: ni las señoras estupendas, ni André Watts, ni yo, que no puedo dar a TRIUNFO una reseña crítica de dos líneas ni de cien folios, sino que tengo que ajustarme a unos límites más o menos explícitos. Límites que, por cierto, estoy transgrediendo, así que punto final. ■
JOSE RAMÓN RUBIO.

CANCION

La sibila de las islas

Creo que fue Simone Weil quien escribió un libro titulado "La necesidad de raíces" y no pude por menos que recordarlo al escuchar el recital de María del Mar Bonet en el Teatre Lliure. Pese al tono alegre de sus cantos populares, a la facilidad aérea de su voz, a los arreglos repescables del guitarra Autaro Rosas, la imagen persistente que surgía del conjunto de la actuación eran raíces.

Por eso renunciaré a tocar aspectos de crítica formal, que sería por supuesto elogiosa, y tampoco ahondaré en la evidente evolución del estilo de María del Mar, desnudándose de efectos, hasta alcanzar la maestría que ya nadie le discute; hablaré, en cambio, de un tema de fondo: la misteriosa fuerza que emana de su canción, se esparce por la sala, y acaba estremeciendo a todo el mundo, no a nivel de oído, sino de piel.

He intentado otras veces explicarme este peculiar magnetismo que aparece en los conciertos de la cantante mallorquina y no había logrado captarlo hasta que di con la imagen de las raíces. Es algo que tiene que ver con el subconsciente colectivo de nuestro pueblo y, por tanto, de absoluta relevancia en un momento, como el presente, en que la esperada autonomía nos va a poner en las manos la responsabilidad de definir qué es y a dónde quiere ir este país.

Y aquí topamos con la necesidad de raíces, porque la identidad de Cataluña o Mallorca no está en las tablas "input-output" de relaciones interregionales que nos propondrá el doctor Trias Fargas, o en las corbatas y faldas impuestas por el señor Tarradellas, ni en las camisetas del Barcelona, aunque éste sea más que un club. Un país es

una relación amorosa con el territorio, un equilibrio ecológico acunado por las fuerzas de la tierra, una comunicación vieja, íntima y maliciosa, como un amor prohibido, entre las personas y su tierra, los animales que les acompañan, las plantas que los rodean.

Todo ello es muy difícil de expresar racionalmente, y los antiguos, en su claridad característica, lo personificaban llamándolo "genius loci", o genio del lugar: un ser formado de cientos de microinformaciones que nos llegan del suelo, el paisaje, el movimiento de los árboles, el lenguaje de los pájaros. Lenguaje sutil y desconocido, cuyas claves tenían sólo los trovadores iniciados en la gaita ciencia del "trobar clus". Cataluña perdió su identidad como proyecto cultural en la desdi-

Ese algo profundo, sensible y cargado, es la fuerza que mana y refluye entre el hombre y la tierra, entre el indefinible genio del lugar y cada persona. Este fenómeno que pasa entre la tierra y el hombre ha tenido siempre por intérprete la sibila. En la gruta de Delfos, la pitonisa puesta en trance por los vapores telúricos recitaba en oráculos los sentimientos recibidos desde el fondo de la tierra. En la Edad Media, las sibilas anunciaban con su canto el espíritu de los tiempos. La mujer, sibila, virgen o pitonisa, pisa la cabeza de la serpiente, símbolo de la energía de la tierra y, al controlarla, la canaliza y la interpreta.

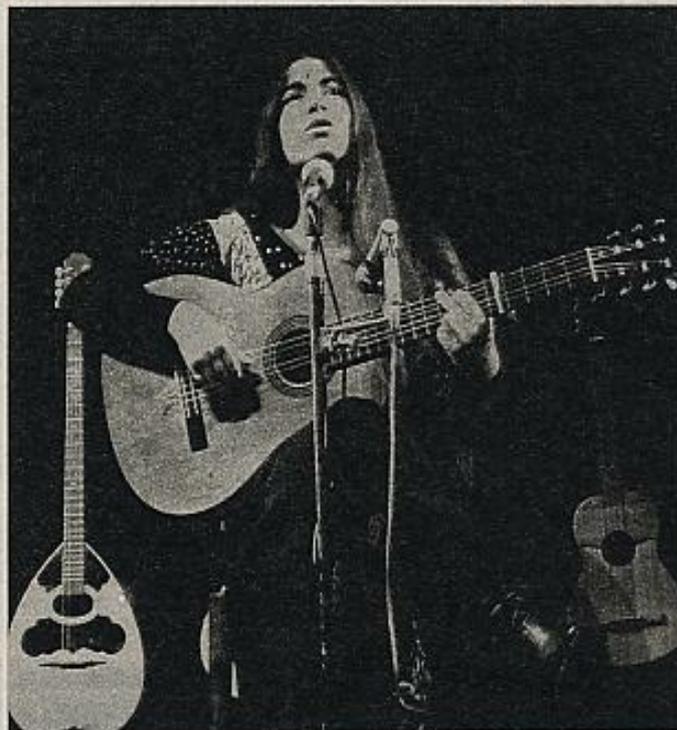
Cuando María del Mar canta "La Balanguera", la sencillez de su canción nos transporta a un tiempo donde las palabras to-

en espera del canto de una sibila, que venga a despertarlos. ■
LUIS RACIONERO

Elisa Serna en las horas difíciles

"Choca la mano", el tercer y último LP de Elisa Serna hasta el presente, fue publicado ya hace algunos meses, y el silencio más rotundo parece haberse abatido sobre obra e intérprete. Ciertamente es que el disco no goza precisamente de una altura incuestionable y de una coherencia asimismo irreprochable, pero tampoco, desde luego, merece la dura crítica del silencio, el desprecio más habitual para cualquier tipo de expresividad socio-artística. Por otra parte, ese trabajo se encuentra en la línea de los anteriores de la cantante madrileña, e incluso algunos pensamos que en un camino de acentuación y profundización de sus búsquedas formales: más rico que nunca a este nivel, más elaborado musicalmente, más cuidado a nivel de producción y arreglos. Pero sobre Elisa Serna, como de otros compañeros suyos de canción, se ciernen ciertamente algunos tópicos y juicios estrechos que les califican únicamente como "cantantes de la época de Franco", que en la represión sufrida en aquellos años tuvieron un papel, pero ya nunca más. Y es a estas opiniones apresuradas —a las que se ha sumado más de un importante medio de prensa, de numerosos cambios— a las que quiere responder la cantante: "No es cierto que se nos haya parado el reloj. Primero, porque las cosas no han evolucionado tanto como muchos creen, y siguen existiendo ciertas censuras, más o menos veladas, y problemas, de cara al pueblo llano, de todo tipo. Después, porque la canción puede y debe seguir jugando un papel de oposición y de denuncia. Y ese papel es difícil que se termine, mientras siga existiendo algo que sacar a la luz. Durante la 'democracia' se ha seguido matando a la gente en las calles, y se ha seguido explotando a las masas. Ahora bien, eso no quiere decir que no sea consciente de que una canción popular haya de buscar también su renovación y su adecuación a todos los niveles, especialmente el de forma, a las nuevas circunstancias".

La situación actual ha llevado a Elisa a una postura escéptica, de profundo desencanto, de grave decepción, que en los peores momentos, se traduce en un



María del Mar Bonet.

chada batalla de Muret, donde la maravillosa cultura occitana fue exterminada por la represión francesa y romana; volvió a perderla en 1715, y otra vez en 1936. Y cada vez esta identidad cultural tiene que recuperarla, no en los libros, que son información, o en los líderes, que son meros pararrayos, ni en el idioma, que es un nivel racional; sino en algo más profundo y emotivo, algo capaz de mover los niveles afectivos ancestrales, las memorias atávicas, codificadas en los genes y dormidas en el subconsciente colectivo de la raza.

man una densidad oracular: "com mes s'arrela, mes s'enlaira" y nos hace vislumbrar vagamente la sensación de las perdidas raíces de nuestra tierra, de la peculiar sensibilidad mediterránea, del monte rotundo y el ciprés agudo; del azul y el olivo, de paseos junto al mar entre el olor de las flores y el ruido del agua; de luces cernidas cuando el verano se acaba y fuentes apagadas en jardines dormidos. Emociones repetidas en docenas de generaciones y grabadas en la médula, llenando de recuerdos dormidos la in-creada conciencia de la raza,